

087. La riqueza de nuestros pueblos

¿Queremos unir en tres palabras lo que puede ser la vida cristiana?... Una fe vivida, una piedad honda, una entrega generosa. Entre las tres forman la gran riqueza espiritual de nuestros pueblos.

Es una fe como la del célebre músico que en sus últimos días admiraba a todos por su serenidad de ánimo. Ya al final de todo, el sacerdote le pregunta:

-¿Cree usted todas las verdades de la santa fe católica? Y el compositor, con viveza inusitada: -*¡Padre, la fe la tengo entrañada en todo mi cuerpo!* (Rossini)

Es ésta una confesión que para mí la quisiera en el momento supremo. Porque es pasar de la oscuridad a la claridad sin velos. Lo que a lo largo de los años se ha vivido en la sombra, ahora se llega a vivir para siempre en la luz de una visión esplendorosa.

Porque somos cristianos, el espíritu de fe nos rige en todas las circunstancias de la vida.

A la fe se le somete el entendimiento de manera pronta, gustosa y firme. Si Dios lo ha dicho, si la Iglesia lo enseña, cualquier duda que se presente está fuera de cuestión.

El creyente se dice convencido: -*Dios, que se revela, sabe más que yo. La Iglesia, depositaria de la revelación de Jesucristo, sabe más que yo. Entonces, yo no dudo nada, me digan lo que digan los demás, o lo que pueda el enemigo sugerir a mi imaginación. ¡Yo creo, y basta!...*

Al sentirse así la fe, al vivirla de esta manera consciente y firme, el alma siente hondamente la piedad.

Porque adivina y descubre a Dios en todo lo que hace o le rodea. Por todas las cosas sube hasta Dios, y Dios se convierte en el Ser más íntimo, el más querido, el más deseado, el más disfrutado también.

Así lo manifestó otro moribundo, joven aviador, que había sufrido un accidente en el aterrizaje. Recibida la bendición del sacerdote, le pide un favor:

-*Padre, haga que me arrimen la cama a la ventana para que pueda ver el sol... ¡es tan hermoso, y me dice de manera tan sugerente lo que me espera..., ese sol que no es otro sino mi Padre que me ilumina, me sonrío y me está aguardando!...*

Infundida esa piedad en nuestras almas por el Espíritu Santo, por ella experimentamos lo sabroso que es tratar con Dios.

Por la piedad penetramos hondamente en sus misterios adorables;

Por la piedad, cuando se siente, no nos cansamos de rezar y de darle a Dios el culto debido, que no es un deber pesado sino un gozo incontenible.

La piedad entonces se convierte en una entrega a Dios —lo que llamamos devoción—, que expresa externamente la fe y la piedad que se llevan muy metidas dentro.

Como la de aquella mujer que tanto influyó con su ejemplo en otro músico de reconocida fama, tal como nos lo cuenta él mismo. Su nodriza, ya anciana, mujer de profunda fe y piedad muy sentida, tenía una costumbre muy curiosa. Tal como leía la Biblia, su cronología era para ella muy clara: desde Adán hasta Abraham, y desde Abraham hasta Jesucristo, contaba cuatro mil años. Entonces, cada año, durante el mes de Diciembre, le rezaba 04.000 avemarías a la Virgen que nos traía tan amorosamente a Jesús en su seno, y así se preparaba para una Navidad bien cristiana (*Noel Sullivan*)

Las devociones —sobre todo las devociones que forman lo que hoy llamamos con acierto la *religiosidad popular*— nacen todas de la fe y de la piedad.

Para unos será el crucifijo o el escapulario, que por nada dejan de llevarlo sujeto en el vestido o colgado al cuello.

Para otros, el rosario bendito que no se les cae de las manos.

Para muchos, esa Comunión de los Primeros Viernes o Primeros Sábados recibida con toda fidelidad.

Para tantos más, la visita al santuario o la capilla preferidos, donde se encuentran tan a su gusto y placer con Dios, con la Virgen María o con sus Santos favoritos.

Nuestros pueblos indígenas conservan devociones que son un primor en sus manifestaciones, con un folklore religioso que admira a todos. La imaginación del pueblo, cuando se deja llevar de su fe y de su piedad, encuentra mil formas de devoción, que son manifestación y mantenimiento de su fe y de su piedad.

¿Qué nos pueden decir estas cosas a nosotros, que estamos metidos en un mundo cada vez más secularizado? ¿Son válidas todavía? ¿Merecen ser cultivadas esta fe, esta piedad, esta devoción tierna?...

Aunque parezca mentira a algunos, ni la fe, ni la piedad, ni la devoción pasan de moda, ni pasarán mientras Dios esté en la conciencia de los hombres.

Y mucho menos dejarán de sentirse mientras el Espíritu Santo las infunda en las almas, como dones suyos, junto con la gracia bautismal.

Una cosa sabemos muy bien. Que nuestras gentes, llevadas de su fe, de su piedad y de sus devociones, miran todos los avatares de la vida con la mirada puesta en Dios, y así llegan felices a la meta final.

La mayoría de nuestros cristianos se acongoja muy poco en el trance supremo. Les ocurre como a aquella reina encantadora (Clotilde de Cerdeña), que ha de dejar muchas cosas en el mundo, y sin embargo está inundada de una alegría indecible, manifestada ante todos los presentes al sacerdote que pretendía animarla: -*¡Oh, esta paz, ¡esta tranquilidad! ¡Que hermoso es el Cielo! ¡Al Cielo!...*

Lamentamos que la sociedad, al secularizarse, no valore estos bienes espirituales de nuestros pueblos, que nosotros queremos mantener a toda costa. Ellos son los que hacen ricos a nuestros pobres, que, si son ricos ante Dios, tienen muy poco que envidiar a las más pingües fortunas...